



PETER BROWN, *Journeys of the Mind: A Life in History*, Princeton University Press, Princeton, 2023, 736 pp., ISBN:978-06-91242286.

“After all, it seemed to me that I had spent many years lifting a veil of prejudice...”¹

La tradicional división cuatripartita —Edad Antigua, Edad Media, Edad Moderna, Edad Contemporánea— es incapaz de ofrecer un relato coherente de la historia. Dejando de lado su inexactitud y falta de detalle, reúne en un mismo periodo estados de la humanidad totalmente diferentes. Por lo tanto, se hace necesaria la superación de estas divisiones para poder lograr bases que permitan una investigación eficaz y lógica de la historia. Esto es lo que ha hecho el profesor de la Universidad de Princeton, Peter Brown (Dublín, 1935), con su infatigable trabajo en el campo de la Antigüedad Tardía.

Perteneciente a una familia protestante en la joven y católica República de Irlanda, Brown percibió desde niño el poder decisivo que tiene la religión en la sociedad, circunstancia clave en el posterior desarrollo de su carrera académica.²

Un año después del final de la Segunda Guerra Mundial, Brown ingresó a su primera escuela: Aravon, en Bray.³ Del rudo clima de este centro protestante liderado por “The Boss”, un tiránico profesor, un joven Brown se trasladó a Shrewsbury, en Shropshire. Aunque su idea inicial era desarrollarse en la rama de las ciencias, Brown entró en el *Classics Side* del centro tras haber hecho un excepcionalmente buen examen de becas. Shrewsbury sería una etapa decisiva en la formación de Brown no solo por este acontecimiento, sino porque en esta época sería introducido por su profesor Laurence Lequesne en un tipo de historia que va más allá de la política y los grandes personajes: una investigación centrada, en cambio, en la extrañeza del pasado, en lograr entender cómo sociedades ya desaparecidas *veían* el mundo.

Uno de los atributos más característicos de Peter Brown es su viva imaginación histórica. Cautivado muchas veces por lo que ve, por representaciones arquitectónicas o artísticas de las sociedades del pasado, es guiado por un sentimiento de fascinación y por el deseo de entender las mentalidades de las épocas que estudia. Es así como, cautivado por la arquitectura de Oxford en su primera visita a la institución, se interesa vivamente por la Edad Media.

¹“Después de todo, me daba la impresión de que había dedicado muchos años a levantar un velo de prejuicio...” *Journeys*, p. 522.

²Su primer libro fue una biografía de Agustín de Hipona (*Augustine of Hippo*, 1967). El estudio de la religión, tanto del cristianismo como, en algunas épocas, del islam, sería una prioridad a lo largo de toda su trayectoria.

³Los pasajes que Brown dedica a su época en Aravon son de los más curiosos del libro. El plantel de profesores de la institución estaba formado por algunas personalidades verdaderamente excéntricas: por poner algunos ejemplos, su profesor de latín, Monk Gibbon, era primo del famoso poeta W.B. Yeats; Charles Bowlby, el mejor profesor que tuvo Brown en Aravon, fue un importante colaboracionista nazi, compañero de Lord Haw-Haw.

Logrando siempre unos resultados sobresalientes en sus pruebas, Brown fue aceptado en Oxford, donde estudió en el New College. Preparando el “Special Subject” (el examen más importante y riguroso de las pruebas finales, en las que el estudiante se lo jugaba todo) sobre San Agustín, Brown descubriría el trabajo de Henri-Ireneé Marrou. En su *Retractatio*, con la que se desdice de *Saint Augustin et la fin de la culture antique* (San Agustín y el fin de la cultura antigua), una obra de juventud, Marrou desafía la tradicional visión del fin del Imperio romano como una época de decadencia. Nada más lejos de la realidad. En los siglos que dan fin al clasicismo y que constituyen el germen de la Europa Medieval, no hay una sociedad estancada todavía en el tiempo de los Antoninos: la época de la “decadencia” fue una época viva, dinámica, que afrontó nuevos problemas y creó nuevas soluciones para superarlos, que se alejaba de la Antigüedad Clásica hacia nuevas direcciones. El trabajo de Marrou fue decisivo en la formación de Brown, destruyendo el prejuicio de la decadencia y abriendo ante él un mundo nuevo, dinámico y fascinante, al que Brown dedicaría toda una vida de investigación: la Antigüedad Tardía.

El historiador irlandés se graduaría con honores, siendo un “top first” en historia. Este logro le permitía continuar en Oxford, cosa que hizo, uniéndose a All Souls, pasando de nuevo una exigente examinación. Es en la singular institución de All Souls donde el recién graduado Brown comenzaría su carrera docente e investigativa, gozando de total libertad durante siete años para llevar a cabo sus estudios como considerase.

De esta libertad nace la primera de las muchas obras que componen su longeva trayectoria: una biografía de San Agustín, que apareció en 1967. Desde ahí, los intereses de Brown, siempre concentrados en los siglos de la Antigüedad Tardía, desde Europa Occidental hasta Irán, tomarían muchos giros y serían el fruto de abundantes y fértiles campos de investigación.

Ahora, con ochenta y ocho años, el profesor Brown nos ofrece una autobiografía que, como él mismo dice, no es convencional.⁴ Los aspectos personales del historiador irlandés, si bien ocupan algunas de las partes más decisivas y conmovedoras de la obra, no constituyen el pilar principal de esta. La trayectoria de investigación de Brown, los cambios en sus direcciones de estudio, los problemas históricos a los que se enfrenta, y que siempre resuelve de manera ingeniosa gracias a una considerable base erudita, reciben la mayor parte de la atención del libro. Así pues, el lector de *Journeys of the Mind* no se encontrará únicamente con las circunstancias personales que han formado a uno de los historiadores más brillantes de los últimos tiempos: conocerá también el camino que ha llevado al profesor Brown a ser una eminencia en la Antigüedad Tardía. En las páginas de este libro, el profesor de Princeton nos ofrece una lección de historia, historiografía, y de lo que significa ser un historiador, además de un valioso testimonio de un académico de la mitad del siglo XX, y un bonito relato de lo que significa vivir completamente una vida humana.

Peter Brown ofrece una visión de la historia diferente a la que ha dominado la disciplina durante gran parte de su recorrido: el profesor de Princeton centra sus investigaciones, sobre todo, en la relación de la sociedad con la religión, estudiando, entre otras cosas, el papel de los sacerdotes en las comunidades del Imperio romano de Oriente, o el pensamiento revolucionario, en algunos casos incluso transhumano, que hay detrás de la fomentación de la virginidad por parte de algunas carismáticas figuras cristianas. Sus investigaciones tienen como motor un deseo inacabable por

⁴*Journeys*, Preface, xi.

aproximarse a las mentalidades de las sociedades que Brown estudia: desde sus tiempos en Shrewsbury con Lequesne, Brown nunca perdió esa fascinación por la extrañeza de que haya habido humanos antes que nosotros, que han visto el mundo con unos ojos radicalmente diferentes a los nuestros; desde su infancia, fue consciente del poder de la religión en la constitución de las sociedades.

La historia recorre un largo camino desde que Brown estudiara en el Oxford de los cincuenta. Al ritmo de académicos valientes e innovadores, una historia plagada de prejuicios y estancada en sus métodos, centrada en los asuntos políticos e institucionales, avanzó en unas décadas para pasar a ser una disciplina mucho más abierta y dinámica, con campos de investigación que traspasaban las tradicionales y restrictivas separaciones entre las épocas, y que ponían el foco en cuestiones que habían sido durante mucho tiempo ignoradas: las mentalidades, la religión, o el espacio físico (en esto Braudel es fundamental⁵) son algunos ejemplos. Además de ello, la interdisciplinariedad ofreció nuevas y valiosas oportunidades de investigación a la historia. En el caso de Brown, la antropología, especialmente el trabajo de Mary Douglas, fue una ayuda inestimable para entender mejor el papel del sacerdote en la Antigüedad Tardía.

Hemos visto que la superación de prejuicios es una característica de la investigación histórica de Brown. Leyendo los capítulos de *Journeys*, el lector acompaña al historiador en su incansable labor por comprender mejor los procesos de sociedades muy diferentes a las nuestras. Es en esta vista atrás donde los prejuicios pueden afectar seriamente el resultado del análisis. Pero Brown queda libre, desde el inicio, de todo prejuicio. Y seguramente, para entender el por qué haya que volver al tiempo junto a su profesor Lequesne. Con él, aprendió a percibir la inmensa extrañeza que supone que haya habido personas como nosotros que han vivido antes de que nosotros hayamos nacido, y dejó fuera así cualquier tentación de hacer presentismo con sociedades pasadas. Con ello Brown logra una cosa: evita ponerse intelectual o racionalmente por encima del pasado, juzgando costumbres o instituciones bajo el prisma de su tiempo. En lugar de ello, reconoce la complejidad inherente a cualquier forma de sociedad humana, y está dispuesto a descubrir la utilidad que cada elemento de la antigüedad cumplía en sus particulares movimientos: en el sacerdote, por ejemplo, donde el prejuicio ve una prueba más del fanatismo irracional de los tiempos, Brown ve una útil figura de autoridad para mediar en los conflictos entre comunidades. Es este paso más allá de los convencionalismos el que ofrece a Brown una mirada cándida de la historia, y lo convierte en un historiador propio de nuestros tiempos.

Además de una lección permanente de historia, *Journeys* es también el recorrido de una vida humana. Desde su tierna infancia entre Irlanda y Sudán hasta la vejez, pasando por su evolución académica, sus planes de investigación, algunos frustrados, otros logrados, el lector, especialmente si pretende dedicarse a la historia, puede ver en el libro parte de su vida reflejada. Los capítulos que dedica Brown a su niñez y a su educación temprana son de los más llamativos del libro, tanto por las peculiares circunstancias en las que se crió, como por las excentricidades de las instituciones educativas por las que fue avanzando. Pero quizá, los más especiales de todo el libro sean los últimos, dedicados a la vejez y la muerte, primero de Arnaldo Mogliano, su maestro, y después de su viuda madre.

⁵Inspirado por la obra maestra de Braudel, Brown viajaría a Irán para comprender la geografía de la Persia Sasánida, y llevar así un trabajo similar a *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Este proyecto tuvo que ser abandonado tras la Revolución Iraní de 1979.

¿Por qué leer, pues, *Journeys of the Mind*? Las razones son varias. Desde joven, Peter Brown decía que escribía “para sus tías”,⁶ esto es, para personas no especializadas en la historia. Lo que indica esto es que, ya antes de publicar su primer libro, Brown había considerado seriamente *cómo* quería decir algo antes de empezar a decirlo. Esta consideración convierte al estilo de Brown en uno capaz de expresar ideas complejas en los términos más sencillos, permitiendo a cualquiera poder seguir sin problema los problemas históricos que trata el profesor en la mayoría del libro.

Pero su escritura, a la vez que sencilla, es capaz de transmitir la pasión de Peter Brown por lo tratado. Quizá más importante todavía que las lecciones de historia presentes en el libro, la escritura de Brown traslada al lector una contagiosa y justificada fascinación por la Antigüedad Tardía. Así pues, gracias a su estilo y a su consideración con los lectores de su libro, un trabajo que podría haber estado orientado únicamente hacia el mundo académico permite a cualquiera entender las innovadoras investigaciones que llevó Brown al cabo de los años.

Si a un estilo agradable y perfeccionado tras muchas décadas de escritura se le añade una especie de cuaderno de bitácora en el que Brown explica la evolución de su propio trabajo, de la disciplina histórica, y del campo de la Antigüedad Tardía, obtenemos que *Journeys of the Mind* resulta un libro fácilmente recomendable para cualquier interesado en la historia.

Pero no todo es historia. Como ya hemos dicho, las investigaciones académicas abarcan la mayoría de la obra, pero no toda. Incluso alguien alejado de la historia o de la Antigüedad Tardía puede encontrar un relato agradable y humano en los primeros y últimos capítulos de *Journeys*, dedicados a la infancia y a la vejez. De todas maneras, en caso de que una persona así decida adentrarse en la vida del historiador irlandés, el máximo rédito que puede obtener de su lectura es una nueva afición: es difícil que, siguiendo el hilo de las investigaciones de Brown, no se contagie algo de su entusiasmo por la materia. Quizá, una de las mejores cosas que puede decirse de este libro es que es una invitación a introducirse en un mundo nuevo y extraño, que tiene mucha más vida de la que siempre se había considerado.

Journeys of the Mind es, en conclusión, un regalo para todo amante de la historia, y una lectura obligatoria para cualquier interesado en la Antigüedad Tardía. A su vez, como ya hemos dicho, el estilo de Brown permite a personas ajenas al mundo de la academia histórica adentrarse sin dificultades en las profundidades de este libro. Posiblemente, una de las mejores cosas que se pueden decir de *Journeys of the Mind* es que es una puerta abierta, una oportunidad para el lector de conseguir una nueva pasión por un mundo muchas veces ignorado.

Lo que recibe el lector de *Journeys* es una clase magistral de un magnífico maestro, capaz de contagiar su pasión a los alumnos. Leyendo *Journeys of the Mind*, uno casi tiene la sensación de que lo que aprende entre sus páginas debe ser algo similar a la instrucción que deben recibir sus alumnos en Princeton.

Luis Rupérez Olmedo
Universidad de Valencia

⁶When “[...] I was asked for whom I wrote, I would answer immediately, “For my aunts.” (Cuando [...] se me preguntaba para quién escribía, contestaba inmediatamente, “para mis tías”), p.66.